

**HOMILÍA DE MONS. JUAN ANTONIO MARTÍNEZ CAMINO,  
OBISPO AUXILIAR DE MADRID**

**En el funeral celebrado por el Padre Luis María Mendizábal, S.J.  
en el cementerio de San Isidro, Madrid, el sábado 18 de enero de 2020**

Queridos sacerdotes concelebrantes. Queridas Hermanas de la Fraternidad. Queridos hermanos todos en Jesucristo.

Hace dos años, justamente un día como hoy, nos dejaba el Padre Mendizábal. Nos dejaba para, según creemos, por la misericordia de Dios, que él tanto predicó y tanto vivió, gozar eternamente de este amor infinito que es Dios mismo, el Padre y el Hijo, que se aman eternamente en el Espíritu Santo.

«Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviaré, porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera».

La carga del mundo, queridos hermanos, que no conoce a Dios, que no conoce que Dios es el amor infinito, que le teme, impropriamente, inadecuadamente, como si fuese un tirano, y no le teme como se teme perder el amor; esa carga del yugo de Jesús es ligera, porque es la carga del amor de Dios. La carga que llevamos, que nos agobia en el mundo, es una carga pesadísima, porque es la carga de la soledad, del abandono, del estar unos en contra de otros, de las envidias... Es la carga que ponen sobre nuestros hombros las mentiras del mundo, que nos ofrecen la felicidad, y nos dan... todo lo contrario; las mentiras del mundo, que nos ofrecen la vida, y nos traen la muerte, la muerte física y la muerte del alma. ¡Esa sí que es una carga pesada!, una carga que llevan tantos hermanos nuestros, que llevamos nosotros tantas veces en nuestra vida cuando no nos disponemos a llevar el yugo ligero del Señor, que es responder a su amor infinito con nuestro pequeño amor.

Nosotros hoy aquí recordamos a un gran apóstol y predicador del amor de Dios, del Corazón humano del Hijo eterno de Dios, que nos ha amado con un corazón de hombre, y al mismo tiempo con la potencia infinita del amor creador, del amor de Dios. Y no es una beatificación hoy aquí, aunque estemos muchos, muchas personas que habéis venido de tantos sitios (esto que conste, por si hay alguno que toma nota para poner alguna objeción en el futuro), esto no es una beatificación, sino que es una acción de gracias por la vida de este gran apóstol

del Corazón de Cristo, y es encomendarle a la misericordia de Dios. Él es lo que, seguro, nos agradece hoy, que encomendemos su alma, su vida, el resultado de su vida, aquí que se ve algo del resultado de una vida dedicada enteramente al ministerio apostólico. Que lo encomendemos a la misericordia de Dios, a él personalmente, y el fruto de su apostolado y de su vida apostólica. Que encomendemos a la misericordia de Dios el camino de su vida, y el camino de todos los que hemos recibido algo de su apostolado. Es lo que queremos hacer aquí hoy, en esta mañana, cerca de sus restos mortales.

Qué importante, queridos hermanos, es saber lo que significa *que Dios tiene corazón*. Que Dios tiene corazón, no solo, como decía el profeta Oseas, porque se le revuelven las entrañas a Dios, al Dios del Antiguo Testamento, porque él no es un hombre, y él siempre perdona a su pueblo testarudo e infiel, porque no es un hombre. Que los hombres solo perdonamos muy poco. Él perdona siempre. Y decía el profeta Oseas: Por eso, cuando su pueblo no le corresponde y es infiel y se va con los ídolos, a él se le revuelven las entrañas, se le remueve el corazón, para perdonarle, porque es su pueblo.

Pues ese corazón, del que hablaba [Isaías] Oseas metafóricamente o anticipatoriamente, es el corazón del Hijo eterno de Dios, nacido de una mujer, concebido en el seno de María Santísima. Es el corazón de Jesús, que es al mismo tiempo el corazón del Hijo eterno de Dios.

Y por eso nosotros ahora sabemos de verdad, ¡que Dios es amor, y es misericordia! Que si nosotros tenemos corazón, ¡él lo tiene infinitamente más! Y que por eso es ligera la carga que él nos ofrece, porque es la carga de reconocer quién es él, y de poder descansar en él.

El mundo no le ha conocido. Son los pequeños los que le conocen. «Te doy gracias, Padre, porque has revelado estas cosas a los pequeños», a los pequeños, los que confían en Dios, como los niños.

Los niños no son buenos. Los niños son el egoísmo concentrado. Tiene un juguete un hermanito, y ya se lo quieren quitar, aunque no sepan ni para qué vale. Pero Jesús dijo que «los que no se hagan como niños no entrarán en el reino de los cielos». Y eso no quiere decir que tengamos que ser ya santos ni buenos totalmente, ¡como los niños, que no lo son, no son buenos! Son como los demás, pero Jesús nos pone como ejemplo porque ellos confían en sus padres.

¡Confían!, tienen un corazón que confía. Y por eso, nosotros queremos hacernos pequeños como los niños, ¡para confiar!, y para conocer el corazón de Dios.

«Te doy gracias, Padre, porque has revelado estas cosas a los pequeños». Estas cosas que el mundo no entiende, porque el mundo está bajo el poder de satanás, del padre de la mentira. Pero Cristo ha venido para deshacer esa mentira y para deshacer las obras del maligno.

Y por eso necesitamos la misericordia, necesitamos pedirle perdón al Señor. Necesitamos acogernos a él, confiar en él como los niños confían en la mamá y en el papá, pero, con una confianza que es lo más inteligente que podemos hacer, lo más humano, verdadero, razonable, que puede existir.

A esto ha dedicado el P. Mendizábal su vida, de sacerdote, de profesor, de director espiritual, de predicador de los Ejercicios, tantos y tantas veces, tantísimas, no sé cuántas, pero una vida muy larga, murió con 92 años y, casi al pie del cañón hasta el final. Sin casi.

Entonces, hoy queremos darle gracias a Dios, encomendar al P. Mendizábal a la misericordia infinita de Dios. Y pedirle que, lo que él sembró crezca, crezca copiosamente, y fructifique para el bien de la Iglesia y de tantos y tantos hermanos que necesitan salir del imperio de la mentira, y poder acogerse al yugo suave y llevadero de Cristo.

Que la Virgen santísima, nuestra Madre, aquella junto a cuyo corazón se gestó y creció el corazón de Cristo, hoy glorioso en el cielo. El corazón de Cristo, el corazón abierto de Cristo, resucitado, es del que mana el Sacramento que hoy estamos celebrando aquí. La sangre de Cristo que ahora vamos a compartir es la sangre que brota del corazón glorificado de Cristo. Y su cuerpo es el cuerpo glorioso. Es la medicina de la inmortalidad. Aquí en el cementerio recordamos esto: que «los que comemos de este Pan, bebemos de este Cáliz, no moriremos para siempre». Al revés, este es el alimento de la inmortalidad porque es la vida del mismo Cristo, el Hijo de María, entregado por nosotros. Pues a ella, a la Madre del Señor le pedimos que nos ponga con el Hijo, que nos ayude a seguir su camino de humildad, de pobreza, de obediencia, para poder así un día participar de su gloria, junto con todos los ángeles y los santos, entre los cuales, por la infinita misericordia de Dios, esperamos también, sin duda, mucho antes que nosotros, encontrarnos con el P. Mendizábal. Amén, que así sea.